

La educación de un torturador

EXISTE UN MÉTODO MUY CRUEL EN LA LOCURA DE ENSEÑAR A LA GENTE A TORTURAR. CASI CUALQUIERA PUEDE APRENDER

POR Janice T. Gibson Y Mika Haritos-Fatouros

Psychology Today Español. 1986, año 1, nº 3 pp.22-28

La tortura -para cualquier propósito que sea y en nombre de quien fuere- requiere un torturador. Un individuo responsable de planear y de causar dolor a otros. "El ser humano es esposado por la espalda, sus ojos vendados", escribió el periodista argentino Jacobo Timerman sobre las torturas a las que fue sometido por extremistas del ejército de su país. "Nadie dice una palabra... (El ser humano) es desnudado, rociado con agua, amarrado... Y comienza la aplicación de descargas eléctricas. Es imposible gritar, hay que aullar." Los gobiernos de por lo menos 90 países del mundo utilizan métodos similares para torturar, informa Amnistía Internacional.

¿Qué tipo de persona puede conducirse tan monstruosamente hacia otro ser humano?
¿Un sádico o un desviado sexual? ¿Alguien criado de modo autoritario o que fue abusado por sus padres? ¿Una personalidad trastornada afectada en cierta manera por características hereditarias?

Por el contrario, los nazis, que torturaron y asesinaron a millones durante la Segunda Guerra Mundial, "no eran sádicos ni asesinos por naturaleza", escribió Hannah Arendt en su libro Eichmann en Jerusalem. Muchos estudios de la conducta nazi llegaron a la conclusión de que los actos monstruosos, a pesar de sus horrores, con frecuencia fueron simplemente una cuestión de burócratas leales que cumplían servilmente órdenes.

En un estudio realizado en 1976, la psicóloga de la Universidad de Florida Molly Harrower pidió a 15 expertos en Rorschach que examinaran los informes de los tests hechos a Adolf Eichmann, Hermann Goering y a otros cinco criminales de guerra nazis antes de ser juzgados en Nuremberg. También envió a los especialistas los informes Rorschach de ocho norteamericanos, algunos con personalidades bien ajustadas y otros severamente trastornados, sin revelar las identidades individuales. Los expertos fueron incapaces de distinguir a los nazis de los norteamericanos, y consideraron que la misma cantidad de personas de ambos grupos tenían personalidades bien ajustadas. La horrible probabilidad que surge de todo esto es que los torturadores no son una rareza monstruosa: son gente común.

La obediencia a lo que nosotros llamamos la "autoridad de la violencia" juega con frecuencia un importante papel en empujar a la gente común a cometer actos crueles, violentos e inclusive fatales. Durante las guerras, por ejemplo, los soldados cumplirán órdenes de matar a civiles desarmados. En este artículo veremos de qué manera la obediencia se combina con otros factores para producir torturadores.

Veinticinco años atrás, el fallecido psicólogo Stanley Milgram demostró convincentemente que gente de la que no se pensaría inclinada a la crueldad en la vida diaria, causará dolor a otros si así se lo ordena alguien con autoridad. En un experimento famoso, Milgram hizo que hombres vestidos con guardapolvos instruyeran a adultos norteamericanos de nivel medio para que aplicaran una serie de shocks eléctricos a otras personas. En verdad, los shocks eléctricos no eran reales, y las "víctimas" estaban actuando, pero eso no lo sabían los participantes del experimento. Se les dijo que el propósito del estudio era medir los efectos del castigo en el aprendizaje. Obedientemente, el 65 por 100 de ellos usaron lo que pensaban que eran niveles de electricidad peligrosamente altos cuando el experimentador se los pidió. Aunque era menos probable que administraran dichos shocks a medida que se los acercaron más a sus víctimas, casi una tercera parte de ellos continuaron aplicando electricidad cuando estaban a una distancia tan corta que podían tocarlos.

CON FRECUENCIA, LOS ACTOS MONSTRUOSOS NO SON MAS QUE OBEDIENCIA FIEL. LO HORRIBLE ES QUE PROBABLEMENTE LOS TORTURADORES NO SON UNA RAREZA, SI NO SOLO GENTE COMÚN

Esta disposición a la tortura no está limitada a los norteamericanos. Después del experimento de Milgram, otros investigadores descubrieron que gente de todas las edades y de una amplia variedad de países estaba dispuesta a aplicar electricidad a otros incluso cuando nada tenían que ganar si cumplían la orden, o nada que perder si se rehusaban. Mientras que sea otro, una figura con autoridad, el responsable por el resultado final del experimento, casi nadie se negó a administrar shocks eléctricos. Cada uno de los estudios también evidenció, al igual que Milgram, que algunas personas aplicarían shocks incluso si se les dejara la decisión en sus manos.

Milgram planteó que las razones por las cuales la gente obedece o desobedece a la autoridad entran dentro de tres categorías. La primera es la historia personal: pasado familiar o escolar que alienta la obediencia o el desafío. La segunda, a la que denominó "atadura", está constituida por experiencias en curso que hacen que la gente se sienta cómoda cuando obedece a la autoridad. La tirantez, que es la tercera categoría, consiste en malestares por experiencias desagradables conectadas con la obediencia. Milgram alegó que cuando los factores de "atadura" son más poderosos que la tirantez producida al cooperar, la gente hará lo que se les ordene. Cuando la tirantez es mayor, es más probable que desobedezca.

Esto explicaría la obediencia de corta duración en el laboratorio, pero no explica las normas prolongadas de tortura durante una guerra o bajo algunos regímenes políticos. Repetidamente, los torturadores en Argentina y en otros lugares llevaron a cabo actos que la mayoría de nosotros consideramos repugnantes, y con el tiempo esto debería haberlos puesto en una situación de suficiente tirantez como para impedirles seguir obedeciendo. Pero no fue así. Ni la teoría de Milgram explica actos crueles o violentos no dirigidos, que tienen lugar incluso cuando ninguna autoridad los ordena. Para esto hemos desarrollado un modelo de aprendizaje más amplio. Porque descubrimos que la

tortura puede enseñarse (véase "Enseñando a atormentar" en este mismo artículo).

Hemos estudiado los métodos utilizados para entrenar a policías militares de Grecia a torturar durante el régimen militar que imperó en ese país desde 1967 hasta 1974. Examinamos los testimonios oficiales de 21 ex militares del ESA (Cuerpo de Policía Militar), prestados durante los juicios penales a los que fueron sometidos en Atenas en 1975. Además, Haritos-Fatouros mantuvo profundas entrevistas con 16 de ellos después de sus juicios. En muchos casos, esos hombres habían sido hallados culpables y completado sus penas de prisión. Al ser entrevistados, todos ellos llevaban existencias normales. Uno era graduado universitario, cinco egresados de institutos técnicos de tercer nivel, nueve habían completado por lo menos el segundo año de secundaria, y sólo uno no tenía más que educación primaria.

Todos ellos habían sido reclutados, primero al servicio militar regular, y luego en unidades especializadas que requerían que sus efectivos torturaran a prisioneros. No encontramos registros de conducta delictiva o desequilibrada antes del servicio militar. Sin embargo, hallamos varias características del entrenamiento militar que ayudaron a convertirlos en torturadores dispuestos y capaces.

El primer tamizador en su carrera de torturadores se basó primariamente en la fuerza física y en creencias políticas "adecuadas", lo que simplemente significaba que los reclutas y sus familias eran anticomunistas. Esto aseguraba que los hombres tuvieran actitudes hostiles hacia las víctimas potenciales.

Una vez que se encontraban sirviendo como policías militares, se hizo una segunda selección en busca de otros atributos. Según el ex torturador Michaelis Petrou, "el criterio más importante era que uno tenía que mantener la boca cerrada. Segundo, debía mostrarse agresivo. Tercero, tenía que ser inteligente y fuerte. Cuarto, debía ser 'el hombre de ellos', lo cual significaba que había que informar sobre los otros hombres que servían con nosotros, que (los oficiales) podían confiar en uno y que cumpliéramos ciegamente las órdenes".

La tarea de atar a los reclutas a la autoridad del ESA comenzaba en el entrenamiento básico, con ritos de iniciación físicamente brutales. Los reclutas mismos eran insultados, golpeados, pateados y flagelados. Se les obligaba a correr hasta el agotamiento, y se les impedía hacer sus necesidades fisiológicas durante largos períodos de tiempo. Se les requería prestar juramento de lealtad a un símbolo de autoridad utilizado por el régimen (una lámina de un soldado superpuesta a un enorme fénix que surgía de sus propias cenizas), y debían prometer de rodillas obedecer a su comandante en jefe y a la revolución militar.

LOS SOLDADOS GRIEGOS FUERON ENTRENADOS GRADUALMENTE PARA TORTURAR. "A PRENDERAS A AMAR EL DOLOR", LES PROMETIÓ UN OFICIAL

Mientras eran vejados y golpeados por sus oficiales, se les decía repetidamente a los

soldados lo afortunados que eran al haberse integrado al ESA, el apoyo más fuerte e importante del régimen. Se les decía que las acciones de los miembros del ESA nunca eran cuestionadas: "Incluso puedes azotar a un oficial". El idioma interno del grupo ayudó a que los hombres desarrollaran actitudes elitistas. Se llamaban entre sí con apodos y, posteriormente, los usaron para denominar a las víctimas y a los diferentes métodos de tortura. "Reunión de té" significaba que un prisionero era trompeado por un grupo de policías militares, y "reunión de té con tostadas" quería decir una paliza más severa en la cual se usaban garrotes. Gradualmente, los reclutas comenzaron a hablar de toda la demás gente que no estaba en su grupo -padres y familias incluidas- como pertenecientes al "mundo exterior".

La tirantez de la obediencia sobre los reclutas fue reducida de varias maneras. Durante el entrenamiento básico recibían diariamente conferencias sobre "educación ética-nacional", que incluían adoctrinamiento contra el comunismo y los enemigos del Estado. En una etapa más avanzada del curso de entrenamiento se recordaba constantemente a los reclutas que los prisioneros eran "gusanos" y que había que "aplastarlos". Uno de los hombres relató que, cuando más tarde estaba torturando prisioneros, se halló a sí mismo repitiendo frases como "malditos comunistas", que había escuchado en las conferencias.

CON ESTUDIANTES SECUNDARIOS, EL MOVIMIENTO DE LA TERCERA OLA DEMOSTRÓ CÓMO DEBEN HABER ACTUADO LOS NAZIS EN ALEMANIA

La policía militar utilizó un método de "zanahoria y garrote" para disminuir todavía más la incomodidad que podían sentir los reclutas al torturar. Existían muchas recompensas, tales como un relajamiento de las reglas militares una vez que completaban el entrenamiento, y en general no se castigaba a los torturadores que abandonaban la base militar sin permiso. Se les autorizaba vestir ropas civiles, llevar el pelo largo y conducir vehículos de la policía militar para su uso particular. Con frecuencia los torturadores recibían vacaciones después de haber obtenido una confesión de un prisionero. Tenían también muchos beneficios económicos, tales como viajes en autobús y comidas gratuitas, y puestos de trabajo asegurados una vez concluido el servicio militar. Estas eran las zanahorias.

Los garrotes consistían en vejaciones y amenazas constantes y castigos por desobediencia. Los hombres eran amenazados e intimidados, primero por sus instructores y después por sus superiores. "Un oficial acostumbraba a decirnos que si un guardián ayuda a un prisionero, deberá tomar el lugar del prisionero y todo el pelotón deberá azotarlo", recordó uno de los hombres. Los soldados se espiaban entre sí, e incluso los torturadores más exitosos dijeron que vivían constantemente atemorizados

"Aprenderás a amar el dolor", prometió un oficial a un recluta. La sensibilidad hacia la tortura embotada en sucesivas etapas. Primero, los hombres tenían que soportarla en carne propia, como si la tortura fuera un acto normal. Las palizas y otros tormentos

que se les infligían continuaban y empeoraban. Seguidamente, los soldados escogidos por la Sección de Persecución - la unidad que torturaba presos políticos - eran puestos en contacto con los prisioneros, llevándoles, por ejemplo, la comida a las celdas. Los novatos contemplaban a los soldados veteranos torturar a los prisioneros mientras montaban guardia. Ocasionalmente, los veteranos les ordenaban dar "algunos golpes" a los torturados.

En la etapa siguiente, se requería a los hombres que participaran en palizas colectivas. Más tarde recibían órdenes de aplicar una variedad de métodos de tortura a los prisioneros. La etapa final -el nombramiento de guardia de prisión o torturador- era anunciado repentinamente por el comandante en jefe, lo cual no dejaba tiempo a los hombres para reflexionar sobre sus nuevas obligaciones.

ENSEÑANDO A ATORMENTAR

Existen varias maneras de enseñar a la gente a hacer lo inconcebible, y hemos desarrollado un modelo para explicar cómo se utilizan. Descubrimos también que las fraternidades estudiantiles, aunque están lejos del siniestro mundo de la tortura y de los combates violentos, utilizan métodos similares para "iniciar" nuevos miembros y para asegurar su lealtad a las reglas y valores del grupo. Sin embargo, esta inconcebible fidelidad puede a veces desembocar en hechos peligrosos. En Estados Unidos, durante la última década se han registrado treinta y nueve muertos e innumerables heridos durante las iniciaciones. Estas técnicas de entrenamiento están diseñadas para inculcar en la gente obediencia incuestionable, pero fácilmente pueden ser una guía para un curso intensivo en tortura.

1. Tamización para encontrar los mejores candidatos: personas normales y equilibradas con los atributos físicos, intelectuales y - en algunos casos - políticos necesarios para la tarea.
2. Técnicas para incrementar la coacción entre estos candidatos:
 - Ritos de iniciación para aislarlos de la sociedad e introducirlos en un nuevo orden social, con diferentes pautas y valores.
 - Actitudes elitistas y lenguaje intergrupar, que contrasta las diferencias entre el grupo y el resto de la sociedad.
3. Técnicas para reducir la tirantez de la obediencia:
 - Culpar y deshumanizar a las víctimas, así es menos perturbador dañarlas.
 - Acoso, la constante intimidación física y psicológica que impide el pensamiento lógico y promueve las reacciones instintivas necesarias para actos de crueldad inhumana.
 - Recompensas por obediencia y castigos por no cooperar.

- Modelamiento social, a través de observar a otros miembros del grupo cometer actos violentos y luego recibir recompensas.
- Desensibilización sistemática ante actos repugnantes a través de la exposición gradual a ellos, de manera tal que parecen rutinarios y normales a pesar de conflictos con patrones morales previos.

El ejemplo griego ilustra cómo puede ser enseñada la capacidad de torturar. Un entrenamiento que incremente la atadura a la autoridad y reduzca la tirantez puede hacer que personas decentes cometan actos -con frecuencia durante largos períodos de tiempo- que de otra manera serían inconcebibles. Pueden encontrarse técnicas similares en los entrenamientos militares de todo el mundo, cuando la intención es enseñar a los soldados a matar o a realizar otros actos repelentes. Realizamos amplias entrevistas con soldados o ex soldados del Cuerpo de Infantes de Marina de EE.UU. y de los Boinas Verdes, y encontramos que todas las etapas de nuestro modelo de entrenamiento eran parte integral del entrenamiento militar de las unidades de elite norteamericanas. Se selecciona a los soldados con mayor capacidad física e intelectual, nivel de realización y salud mental. El sometimiento a la autoridad comienza en el entrenamiento básico, con ritos de iniciación que aíslan a los soldados de la sociedad, les presentan nuevas normas y valores y les dejan poco tiempo para pensar claramente después de agotadores ejercicios físicos y pocas horas de sueño. Las vejaciones juegan un importante papel, y los soldados son severamente castigados por desobediencias con denigraciones, abusos verbales, horas extras de ejercicios y pérdida de comidas, horas de sueño y otros privilegios.

El entrenamiento militar desensibiliza gradualmente a los soldados ante la violencia, y reduce la tirantez normalmente creada por actos repugnantes. Su repulsión es disminuida por medio de gritar consignas y canciones sobre violencia y muerte durante marchas y carreras. Se otorgan al enemigo nombres denigratorios y se le pinta como menos que humano. Esto hace más fácil matarlos. El completar el período de entrenamiento más rudo y el ser recompensados permitiéndoles ingresar en un cuerpo de elite, proporciona a los soldados confianza y orgullo, y quienes llegan a la meta sienten que pueden hacer cualquier cosa. "Aunque traté de evitar matar, aprendí a tener confianza en mí mismo y nunca sentí miedo", dijo un ex Boina Verde que sirvió en Vietnam. "Era parte de la tarea... Cualquiera que pase por ese tipo de entrenamiento puede hacerlo."

La eficacia de estas técnicas, como lo han mostrado numerosos investigadores, no queda limitada al ejército. El maestro de Historia Ronald Jones inició lo que denominó el movimiento de la Tercera Ola como un experimento para demostrar a sus alumnos de escuela secundaria cómo fue posible que tantas personas se convirtieran en nazis en la Segunda Guerra Mundial. Jones comenzó la demostración de la Tercera Ola exigiendo a los estudiantes que se cuadraran en una nueva y singular postura, y que se atuvieran a nuevas y estrictas reglas. Requirió que los estudiantes se pararan detrás de sus pupitres cuando preguntaran o respondieran preguntas, y que comenzaran cada frase

diciendo: "Señor Jones". Los estudiantes obedecieron. Luego les exigió que gritaran consignas como "¡La fuerza a través de la disciplina!" y "¡La fuerza a través de la comunidad!" Jones creó un saludo que llamó la Tercera Ola para los miembros de su clase: la mano derecha elevada hasta la altura del hombro, y los dedos encogidos. Dicho saludo no tenía ningún significado, pero sirvió como símbolo de pertenencia a un grupo, y fue una manera de aislar a los "miembros de "los de afuera".

La organización se expandió rápidamente, de sus 20 miembros originarios hasta llegar a 100. El maestro emitió tarjetas para los integrantes, y encargó a varios estudiantes que informaran sobre los miembros que no cumplían con las nuevas reglas. Obedientemente, 20 estudiantes apuntaron sus dedos acusadores contra sus condiscípulos.

Luego, Jones anunció que la Tercera Ola era "un movimiento de alcance nacional para hallar estudiantes dispuestos a luchar por el cambio político", y organizó una manifestación en la que se congregaron 200 estudiantes. Después de hacer que los estudiantes realizaran "el saludo" y gritaran consignas cuando se les ordenaba, Jones explicó las verdaderas razones que había detrás de la demostración de la Tercera Ola. Como los nazis antes que ellos, señaló Jones: "habéis entregado vuestra libertad a cambio de la comodidad de la disciplina".

Los estudiantes, de una edad en la cual la pertenencia a un grupo es muy importante, eran buenos candidatos para el entrenamiento. Jones no enseñó a sus alumnos a cometer atrocidades, y el movimiento de la Tercera Ola sólo duró cinco días. Sin embargo, en ese corto período Jones creó un grupo que en muchas maneras se asemejaba a los grupos juveniles nazis.

Los psicólogos Craig Haney, W. Curtis Banks y Philip Zimbardo incluso llegaron más lejos en una notable simulación de la vida en prisión realizada en la Universidad de Stanford. Sin ningún entrenamiento especial y en sólo seis días, convirtió a típicos estudiantes universitarios en guardianes dominantes y abusivos, y en serviles presidiarios.

Los estudiantes que aceptaron participar fueron escogidos al azar para ser guardianes o presidiarios. Los "guardianes" recibieron uniformes y bastones, y se les pidió que actuaran como carceleros. Los presidiarios fueron tratados como peligrosos criminales. La policía local los capturó en una redada, se les tomaron las huellas digitales y se les abrió expediente, llevándoselos seguidamente a un bloque de celdas simuladas situado en el sótano del departamento de psicología de la universidad. Los carceleros uniformados les hicieron desnudarse, los despiojaron, les dieron ropas de presidiarios y los pusieron dentro de las celdas.

Los dos grupos de estudiantes, que originalmente mostraron ser muy similares en la mayoría de los aspectos, exhibieron impresionantes cambios en el curso de una semana. Los prisioneros se mostraron pasivos, dependientes y desvalidos. Por contraste, los guardianes expresaron sentimientos de poder, status y pertenencia de grupo. Dentro de la prisión, eran abusivos y agresivos, insultando e intimidando a los presidiarios.

Algunos carceleros dijeron posteriormente que habían gozado de su poder, en tanto que otros confesaron que nunca habían pensado que podrían ser capaces de semejante conducta. Se mostraron sorprendidos y consternados por lo que habían hecho: "Fue degradante... Para mí, todas esas cosas son morbosas. Pero ellos (los presidiarios) hicieron todo lo que les ordené. Se maltrataban entre sí porque yo se lo había pedido. Nadie cuestionó mi autoridad en absoluto".

FUE DEGRADANTE", DIJO UN GUARDIÁN DESPUÉS DEL EXPERIMENTO EN STANFORD. "PARA MI, TODAS ESAS COSAS SON MORBOSAS. PERO LOS PRESOS HICIERON TODO LO QUE LES ORDENE, INCLUSO ULTRAJARSE ENTRE SI".

La conducta de los guardianes fue similar a la de los torturadores griegos en dos puntos importantes. Primero, deshumanizaron a sus víctimas. Segundo, al igual que los torturadores, los carceleros se mostraron abusivos sólo cuando estaban dentro de los muros de la prisión. Fuera de ella, actuaron razonablemente porque las dos influencias que había dentro -el sometimiento y la tirantez reducida- se encontraban ausentes.

Todos estos cambios en Stanford ocurrieron sin entrenamiento especial, pero las técnicas que hemos subrayado estaban presentes. Aun sin entrenamiento, los guardianes-estudiantes "sabían" -por programas de televisión y por películas de cine- que se suponía que debían castigar a los prisioneros. "Sabían" que se suponía que debían sentirse superiores; y "sabían" que se esperaba que culparan a sus víctimas. Su propia conducta y la de sus iguales gradualmente embotaron sus sensibilidades hacia lo que estaban haciendo, siendo recompensados por el poder que tenían sobre los prisioneros.

No existe evidencia de que tales experimentos cortos provoquen efectos duraderos. No se informó de ninguno ni de la demostración de la Tercera Ola ni de la simulación en la Universidad de Stanford. Sin embargo, el estudio de Stanford fue interrumpido cuando comenzaron a registrarse casos de depresión, llanto y enfermedades psicósomáticas entre los estudiantes. Y los estudios de veteranos de Vietnam han revelado que la realización de actos aborrecibles, aun bajo las extremas condiciones de una guerra, pueden provocar problemas a largo plazo. En un estudio de 130 veteranos de Vietnam que solicitaron asistencia de un terapeuta, casi el 30 por 100 estaban preocupados por actos violentos que habían cometido en servicio. Los veteranos informaron sentir ansiedad, culpa, depresión e incapacidad de mantener relaciones íntimas. De manera similar, después de la caída de la dictadura militar griega en 1974, los ex torturadores comenzaron a dar parte de pesadillas, irritabilidad y episodios de depresión.

"La tortura se convirtió en un empleo -dijo el ex torturador griego Petrou-. Si los oficiales nos ordenaban golpear, golpeábamos. Si ordenaban detenernos, nos deteníamos. Uno nunca pensó que podía ser de otra manera." Sus comentarios contienen perturbadora similitud con los sentimientos expresados por uno de los "carceleros" de Stanford: "Cuando lo hacía, no sentía ningún arrepentimiento... No me sentía culpable. Sólo después, cuando comencé a reflexionar..., comenzó a ocurrírseme

de que era una parte mía que nunca había conocido".

Nosotros no creemos que la tortura haya llegado de manera natural a cualquiera de estos jóvenes. Haritos-Fatouros no halló evidencia de comportamiento sádico, abusivo ni autoritario en las historias personales de los soldados griegos antes de su entrenamiento. Esto, junto con nuestro estudio de la instrucción de los infantes de marina y los estudios de la Tercera Ola y de Stanford, nos lleva a la conclusión de que los torturadores tienen personalidades normales. Cualquiera de nosotros, en una situación similar, sería capaz de la misma crueldad. Probablemente no pueda entrenarse a un sádico trastornado para ser un torturador o asesino eficaz. Tiene que estar en completo control cuando realiza su trabajo.

Janice T. Gibson es profesora de psicología del desarrollo y de educación en la (universidad de Pittsburgh, y presidenta del programa de psicología educacional. El doctor Mika Harilos-Fatouros es profesor de psicología clínica en la Universidad de Salónica (Grecía) y decano de la Facultad de Filosofía de dicha institución.

Libro de visitas

[Página de Juan Muñoz](#)

[Correo](#)

Esta página se actualizó por última vez el martes 22 de febrero de 2000

©*Juan Muñoz Justicia*